

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

—:—:—

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigrán TODOS los encargos y correspondencia.

"Este precepto os doy: Amádos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

El Obispo de Oviedo

BENDICE

al Sr. D. Juan Ortea, Director de RELIGION Y PATRIA, de Gijón y le agradece en el alma sus cariñosas manifestaciones de fidelidad y adhesión, felicitándole a su vez por los éxitos ya obtenidos y los que aún se esperan de su labor en dicha publicación, haciendo votos porque el Señor le conceda muchos años la santa virtud de la perseverancia, cuyo premio es el Cielo.»

Palabras benditas por la alta misión del que las ha pronunciado, que son estímulo poderosísimo a mi pobre labor; alegría inmensa para mi corazón, ansioso de portarse en todas las ocasiones como hijo sumiso de la Iglesia; fortificante celestial para mi alma; y el mayor éxito alcanzado por RELIGION Y PATRIA, que ofrezco al bien de nuestra sacrosanta Religión, la única verdadera, y al de nuestra querida Patria, gloriosa defensora siempre de los prestigios del Catolicismo.

¡Señor, vuestra bendición es vuestra aprobación; adelante, pues, hasta morir!

Más hace el que quiere que el que puede

Había en la guarnición de O. un soldado tan iracundo y blasfemo, que por la menor contradicción se ponía furioso como un energúmeno.

Conociendo sus compañeros su genio, procuraban molestarle, por el horrible placer de verle fuera de sí, echando imprecaciones, blasfemias, juramentos, obscenidades y cuantas palabras malas se pueden proferir contra Dios y los hombres.

No faltaron soldados buenos, o menos malos, que le reprendieron en algunas ocasiones, y aún jefes que le castigaran, aplicándole las penas de la Ordenanza. A veces respondía a las amistosas y cristianas amonestaciones con nuevas ofensas a Dios, diciendo palabras más escandalosas con nuevo furor y saña. Otras veces, reconociendo su culpa, y viendo que, si le reprendían, era por su bien y con buenos modos, decía con aire de convicción: «Es imposible. Tengo ya contraído tal hábito, que no me puedo vencer.»

Esto contestaba principalmente al capellán, que, solícito de su conversión, le

llamaba aparte para darle a conocer el mal camino que llevaba.

Dios Nuestro Señor se vale muchas veces de castigos y desgracias para atraer a sí a los que empeoran con los beneficios. Aunque el infeliz Antonio (así se llamaba el soldado) estaba siempre sin un cuarto, hubo, con todo, una ocasión en que se hallaba además con deudas y apremiado por la necesidad.

Acudir a sus compañeros era inútil, porque se hallaban cansados de sus repetidas súplicas; pedir prestado peor, porque nadie se fiaba de él.

Como la necesidad carece de ley, le ocurrió un pensamiento que le pareció luminoso. Al quererlo realizar, titubeó un tanto; pero al fin se decidió a romper por todo.

—El capellán, decía Antonio para su capote, es muy bueno, y por más que yo procure huir de él, él no se cansa de venir a mí, como si yo pudiera ser otro del que soy. ¡Nada! Me voy a él bonitamente y le expongo mi situación.

En efecto, busca al capellán, y así que le ve, le saluda respetuosamente.

—Buenos días, padre capellán.

Buenos días, Antonio: ¿cómo por aquí? ¿Qué se te ofrece?

—Pues mire usted, padre capellán, venía sencillamente a suplicarle a usted que me prestase siquiera 20 pesetas, porque me hallo con algunas deudas.

—Mira, Antonio, no me gusta prestar; porque, como dice el refrán: «El que presta no cobra, y si cobra, no todo: y si todo, no tal; y si tal, enemigo mortal.» Mas por otra parte, te quiero bien, y no has de salir descontento del capellán, ya que acudes a él.

Metiendo entonces el capellán la mano en el bolsillo, sacó un billete de veinticinco pesetas y se lo enseñó a Antonio. Viendo que se le iban a éste los ojos tras él, le dijo sin soltar el mágico papelito:

—Este billete es tuyo si haces lo que yo te diga. Yo no te lo doy prestado, sino regalado, o mejor dicho, en justa paga.

—El alma y la vida que usted me pida, le daré yo por ese papelito.

—Hombre, no tanto; pero si quisiera que me dieras palabra de hacer lo que yo te diga.

—Concedido: eso y mucho más valen las veinticinco pesetas.

—Son tuyas si estás una hora sin blasfemar. ¿Convienes en ello?

—¡Hum! Mucho me temo que se me va a ir la lengua. ¡Pero veinticinco pesetas son veinticinco pesetas!

Viéndole el capellán tan engolosinado

con el billete, le dijo que le siguiese. El buen sacerdote le llevaba de intento por los sitios más públicos, donde estaban tomando el sol los soldados.

—¡Mira, mira, qué devoto va Antonio!—dijo uno de ellos—. ¿Si irá a confesarse?

—No, añadió otro; se ha vuelto amigo de los curas, y quiere hacerles compañía. De esta sale predicador.

Antonio estaba ya para estallar; pero el capellán le enseñó con disimulo el papel y pudo contenerle.

—¡Toma! decían otros que encontraron más adelante. ¡Aquel es Antonio! ¡Y qué devoto va; dentro de poco le tenemos en los altares, y habrá que rezarle Padrenuestros! ¡Tendrá que ver!

Antonio apretó los puños, y ya iba a soltar una barbaridad. Pero viendo aparecer de nuevo el billete entre los dedos del capellán, se calló.

Así fueron recorriendo los diferentes puestos de guardia y varios grupos de soldados, sin que en toda la hora se le escapase blasfemia alguna.

Al fin le dijo el sacerdote:

—¡Antonio! decías que no podías estar una hora sin blasfemar, y con todo lo has conseguido: *Más hace el que quiere que el que puede.* Pues si por veinticinco pesetas te has contenido, ¿no lo harás por el cielo? ¿No lo harás por evitar el infierno? ¿No lo harás por salvar tu alma? Jesucristo, que tanto padeció por tí, te lo pide desde la cruz. No vuelvas a blasfemar como blasfeman los judíos, y como el mal ladrón. Toma el dinero y prométeme que no blasfemarás más.

Antonio se había conmovido, y, contra su costumbre, se le habían humedecido los ojos, empezando a derramar abundantes lágrimas de arrepentimiento.

—Padre capellán, dijo, tiene usted razón. Si me he contenido una hora, ¿por qué no lo haré dos? Mucho temo de mi mala costumbre; pero lo que es ahora, estoy resuelto a convertirme de veras.

—Y si alguna vez se te escapa alguna barbaridad, contestó el sacerdote, arrepiéntete en seguida, y verás cómo poco a poco, con la gracia de Dios, contraes una buena costumbre. Un clavo saca otro clavo.

Así fué en efecto. Antonio guardó su propósito, y aunque muchas veces le hicieron rabiarse sus camaradas, y algunas les respondió con maldiciones y blasfemias, con todo, éstas fueron muy raras, y al fin desaparecieron enteramente de su boca.

Entabló nuevo método de vida, y hasta llegó a frecuentar los Sacramentos.

Sus compañeros, viendo su mudanza, le empezaron a dar bromas, poniéndole motes, mas poco a poco fué cediendo la oposición; y su constancia en el bien obrar, y su honradez, le acarrearón el respeto y el amor de sus compañeros y la confianza de sus jefes.

Más hace el que quiere que el que puede.

H. P.

LA BLASFEMIA

La blasfemia es un crimen. El hombre, al blasfemar, viene a decir, que para él no hay en el Universo cosa más despreciable que Dios; este crimen se paga siempre, y la sociedad que lo consiente está juzgada.

La lengua del blasfemo, atropella, abofetea al que es Padre de la Humanidad; si esta humanidad se encoje de hombros, el cielo tomará la defensa de su Dios y lloverán sobre el mundo maldiciones, como el granizo en días de tormenta.

En ninguna cosa se ve tan claramente como en la blasfemia la mano de Satanás.

No es que quiera descargar al blasfemo de la responsabilidad abrumadora en que incurre, no; si que afirmo, sin embargo, que cuando el hombre blasfema, no está solo.

Cuando se comete un crimen, el juez echa mano de un principio jurídico para orientarse en la captura del criminal. ¿Cui prodest? se pregunta el juez. Veamos a quién puede interesar este crimen, y habremos andado la mitad del camino en el descubrimiento del criminal.

Sigamos el mismo procedimiento. ¿A quién interesa la blasfemia? A nadie, todos rechazan violentamente su paternidad. El mismo blasfemo, si le preguntamos el por qué de sus blasfemias, nos contesta avergonzado: —No sé lo que digo; no sé lo que hago.

Fijaos bien: el blasfemo asegura que sólo blasfema cuando no sabe lo que hace, cuando ha perdido el dominio de sus actos. Sin embargo, alguien está interesado en la blasfemia, porque es un hecho consciente y sereno. Voy a poner un ejemplo.

Varios tiradores salen al campo a solazarse en el tiro de pichón. El tirador sabe que, si ha de dar en blanco, ha de fijarse bien, tener mucha calma y muy tranquilo el pulso. Cerrar los ojos, aturdirse, disparar sin hacer la puntería y dar siempre en el blanco, no puede ser, imposible.

El blanco de la lengua blasfema es Dios, y, cosa rara: entre tantos millones de cosas que hay en el Universo, el blasfemo, sin hacer la puntería, en medio del mayor desorden y confusión, con los ojos de su alma vendados hace siempre blanco. Y blancos magníficos: no sale nunca el tiro del círculo de la divinidad.

Yo no soy tan necio que me vaya a tragar este infundio; a mí, Satanás no me comulga con ruedas de molino; yo no puedo creer que, sin hacer puntería pueda hacerse siempre blanco. Que no lo hace el hombre, que no lo hace el blasfemo; bueno; pero alguien hace la puntería; si no es el hombre, será otro del cual el hombre será instrumento y vil juguete.

Yo no puedo convencerme de que detrás de la lengua del blasfemo no haya una inteligencia que discurre friamente, que entre todos los seres busca y atisba

a su personal enemigo, que calcula con toda serenidad y dispara con una alegría feroz y salvaje contra Dios.

La lengua del blasfemo es la trinchera del diablo; desde allí desahoga su odio, su rencor y su ira contra su eterno y personal enemigo.

¡Qué desgracia tan grande para el blasfemo! ¡Prestar su lengua al diablo para que dispare contra el Dios que le da el pan, el agua, la luz y la vida! ¡Maldición!

Nada tiene de extraño lo que pasa. Los hombres se han empeñado en bombardear la casa solariega de su padre, el cielo; y este cielo ha contestado a este bombardeo.

¿No lo veis? El cielo está bombardeando la tierra; cada castigo es una bomba que estalla de lo alto.

Hijos de los hombres, ¡alto el fuego! no nos conviene luchar con Dios; sobre ser una indignidad, porque es nuestro Padre, es una locura, porque es más fuerte y tarde o temprano, nos apagará los fuegos.

No nos hagamos solidarios de Satanás: él está perdido sin remedio, nosotros no.

¡Abajo la blasfemia que nos deshonor! de lo contrario, moriremos aplastados como sapos malditos por la ira de Dios justísimamente irritado contra un pueblo que, en vez de besar muerde, como perro rabioso, la mano bendita que le da el pan.

J. A.

¿Irá de esta?

La Pontificia y Real Asociación Católica de Represión de la Blasfemia, de Madrid, ha conseguido del señor ministro de la Gobernación, en virtud de la petición hecha con fecha de 20 de Diciembre del pasado año, dicte una orden circular a los gobernadores civiles de todas las provincias para que castiguen la blasfemia, con arreglo a la ley Provincial.

Igualmente ha conseguido del señor director general de Orden público de orden en las Comisarias de distrito y a todos sus subordinados acerca de dicho fin.

Y los señores Gobernadores de provincias secundando, mejor diré obedeciendo estas disposiciones de la superioridad, con mejor o peor voluntad, que de todo habrá en el celo por el cargo, han publicado los correspondientes bandos contra la blasfemia, «que hiere la piedad del creyente y ofende la educación de las personas cultas».

Algunos alcaldes, como el de San Sebastián, han establecido un premio de 100 pesetas para el guardia municipal que denuncie más blasfemos.

De uno de estos bandos, los hay ejemplarísimos por su valentía y acertado lenguaje, sin formulismos oficiales, copiamos el siguiente párrafo:

«La blasfemia en boca del incrédulo de la existencia del Ser Supremo contra quien la vomita, oída por personas también incrédulas, es sencillamente una porquería, pues significa la ejecución de una función fisiológica animal, que por su naturaleza repugnante, no se realiza sino en el apartamiento u ocultación de todos; de modo, que aun para esas personas no creyentes que las oigan, han de ser desagradables.»

Muy bien, muy bien todo esto, pero re celamos que las cosas no pasen del formulismo oficial, ¡se han dado ya tantos bandos contra la blasfemia y la embriaguez y la pornografía, sin que ni la blasfemia se corrija ni la embriaguez ni la

pornografía que viven cada vez con más descaro en esta... católica nación.

Y cómo no, si hay autoridades que blasfeman como carreteros, que se emborrachan continuamente y que se exhiben con cabaretistas y aplauden porquerías como si fuesen unos degenerados completos; y no sólo autoridades, jefes de establecimientos públicos, presidentes muy pulcros de sociedades de... cultura e higiene, ¡buena cultura e higiene les dé Dios! Nos tememos que a pesar de los buenos deseos de las «Sociedades del Buen Hablar», España ha de seguir gozando de la fama de nación en la que más y más descaradamente se blasfema.

Nos tememos esto, pero no desconfiamos. Dios ha hecho sanables las naciones y puede que aquí con esta unanimidad prohibitiva de los Gobernadores instigados por el Ministro que antes fué pinchado por la Asociación Católica de Represión de la Blasfemia, y por otra parte, con tantas sociedades de cultura e higiene como... disfrutamos, puede que la cosa vaya de esta.

Por nuestra parte contribuiremos a sanear el ambiente.

Narración y charla

Uno de estos días pasados, siguiendo mi costumbre semanal, me fui a distribuir los bonos entre los pobres de mi Conferencia. El barrio es de lo peorcito que darse puede; la casa, una de esas casas de vecindad donde la cultura y la higiene son desconocidas en absoluto.

Desde luego que, tratándose de gente pobre, no se pueden pedir ni calles bien presentadas, ni chalets, ni lenguaje culto siquiera, pero así y todo yo al ir a llamar en la casa de la familia que me había sido encomendada, lo primero que oigo es una terrible blasfemia contra Cristo, no del padre ¡sino de la madre!, que reñía a sus hijos, todos pequeños, muy pequeños. Me dió coraje la expresión de aquella mujer y pretendí entrar en el acto afeando la conducta de la que así entendía la fuerza de la represión, pero me acordé de aquella sublime frase: «La cólera del hombre no realiza nunca la voluntad de Dios.» Pensé que «la blasfemia y la obscenidad del hombre son las más de las veces un hábito: son su ortografía, sus puntos, sus comas, sus admiraciones, los medios que emplea para dar fuerza a su discurso. Las palabras con que nos escandaliza no envuelven para él ninguna idea; las repite por costumbre y no piensa ni en Dios ni en la Virgen cuando blasfema de la Virgen y de Dios. Si por este lenguaje le reprendemos diciéndole que no sabe lo que se dice os contestará que sí lo sabe, no porque así sea sino por amor propio, quiere aparecer más bien que necio, perverso, más cruel que cobarde.»

Después de todo, el pobre que por necesidad vive en estos barrios ¿qué ha de presenciar sino malos ejemplos siempre y malas tentaciones? Ninguna maldad le escandaliza, ninguna virtud se hace respetar de él, el vicio lo aplaude, el arrepentimiento lo silba y escarnece... (1) ¡Pobres gentes! No, no merecen nuestra cólera sino más bien nuestra compañía y nuestra paciencia para corregirlos con la ayuda de Dios. Dios mismo con ser tan insultado de ellos, les prodiga sus misericordias, cuanto más nosotros que también somos pecadores.

(1) Concepción Arenal.

Me decidí a entrar, pero como si nada hubiese oído y usando con aquella pobre gente, con aquella madre infeliz, de mucha amabilidad. Nosotros, criados en ese mismo ambiente, ¿seríamos acaso de mejor condición? ¿nosotros, que no sabemos aguantar la más pequeña molestia?

En fuerza de darle vueltas a la conversación procurando yo traerla a mi propósito para decir algo de esto que me había herido el alma, empezó el marido a recordar los muchos favores que debía a D... Saturnino (llamémosle así).

—Mire usted, me decía, con fervores de agradecido, ese señor ha sido para nosotros un padre, ¿verdad, mujer? El me proporcionó colocación siempre que me vió holgando, él me pagó lo que debía de la renta de esta casa, que si no es por eso nos hubieran echado a la calle, él fué padrino de este niño y le puso su nombre, en él encontrábamos siempre nuestro salvador y todo sin más inclinaciones que su buen corazón... ¡era un santo, señor, sí un santo. Si él me hubiese pedido en pago que hiciese yo lo imposible en su obsequio, lo hubiese hecho; bastaría que me lo mandara D... Saturnino.

—¿Y qué ha sido de ese buen hombre?

—Ah, señor, se murió el año pasado. Yo no ceso de llorarle y esta todos los domingos va a la plaza y compra un ramo de flores para llevar a su sepultura, esto aunque nos falte para comer.

—Excelente corazón el de ustedes, amigos míos, pues llevan su agradecimiento más allá de la tumba, si bien mejor que flores serían sufragios por su alma.

—Todas las noches al acostarnos le rezamos un Padre nuestro...

Aquellas gentes rezaban y sin embargo blasfemaban de Dios. ¡Qué contrastes presenta la ignorancia!

—Eso está perfectamente, continué yo; ustedes entienden por donde mejor pueden corresponder ahora a los beneficios de D... Saturnino.

Pues si a tanto obliga un corazón agradecido y el de ustedes veo que lo es, consideren a cuánto no obligará el de todos nosotros indistintamente para con Cristo, que siendo Dios se hizo hombre y sufrió y murió por librarnos de la esclavitud del pecado y hacernos dignos del reino de los Cielos, que es mansión de eterna felicidad.

Ustedes lo sabrán bien, pues veo que aman a Dios, y más se le ama cuanto mejor se le conoce; antes de darnos Jesucristo su salvadora Doctrina, que a todos nos hace hermanos, el hombre pobre era un vil esclavo del rico.

—Y hoy lo es todavía.

—Cuando el hombre rico olvida esa doctrina sublime y el pobre la desprecia también. La mujer, antes de Jesucristo era tenida por mero instrumento de placer y nada más; ella era una cosa y de ahí no pasaba. Cristo la dignificó, en su Santa Madre, haciéndola merecedora como al hombre de los grandes bienes eternos. Y es que para Cristo-Dios no hay más clases ni hay más méritos que la virtud.

Y sin embargo de todo esto, siendo Dios ese Soberano Señor a quien lo debemos todo, el que hasta muchos males convierte en bienes por que son medios para más alto grado de gloria, siendo Dios, Cristo-Jesús, ese Señor el más digno de nuestro agradecimiento, de nuestra veneración y el que ha de juzgarnos al fin de nuestra vida terrena, ¿creerán ustedes que hay quien blasfema de El, quien se atreve, necio y desagradecido, a

insultar neciamente a Cristo, como si Cristo fuese un enemigo nuestro? ¡Cristo, nuestro Salvador y Redentor! ¡Nuestro Dios y nuestro Juez!...

Aquella pobre mujer que me oía, debió de comprender su falta, porque primero se puso muy encarnada y luego pálida. ¿Sospecharía que yo la había oído?

Me pareció que era prudente dejar así la lección y me retiré. A veces el mucho machacar no da victorias.

Como las medicinas: a cucharaditas y de tiempo en tiempo.

Recuerdo oportuno

Allá por el año de 1882, toreaba un día en una de las corridas de abono en la Plaza de toros de Madrid el inolvidable Rafael Molina, «Lagartijo», y momentos antes de comenzar la fiesta, se hallaba el mencionado diestro con los demás primeros espadas, rodeado de amigos y aficionados en la sala de toreros.

Junto a la puerta de entrada se habían quedado, formando corro, varios banderilleros de las diferentes cuadrillas, y como se comentara en el grupo el trapío y respeto de los toros enchiquerados ponderándolo hasta la exageración, uno de los peones de lidia, en una exclamación espontánea de... ¡jindama, lanzó, redonda, una blasfemia horrible.

Al oír la «Lagartijo», que hablaba en aquel momento con los amigos que le rodeaban, se irguió como sacudido por una descarga eléctrica, y alzando la voz y dando a la palabra una expresión solemne, se dirigió al imprudente blasfemo, y le dijo:

«—Oye, tú, ¿con qué cara te presentaría tú delante de ese divino Señor que acabas de insultar, si te cogiera un toro esta tarde?»

El banderillero así interpelado, con visible emoción balbuceó torpemente algunas palabras de disculpa, y en cuantos presenciamos la escena no dejaron de hacer efecto las palabras del maestro, y la solemnidad con que fueron pronunciadas.

Sabido es que «Lagartijo» murió como buen cristiano, encomendándose fervorosamente a la Virgen, y con los ojos fijos en un cuadro de Nuestra Señora de la Soledad, que hizo poner al alcance de su vista.

Blasfemos castigados

Hallábanse en cierto pueblo vecino de Valencia algunos trabajadores limpiando un pozo de aguas sucias: y pasando por allí dos Hermanitas de los pobres, uno de aquellos operarios las colmó de insultos. Una joven del pueblo que presenciaba la escena, salió a la defensa de aquellos ángeles de la caridad, que pedían limosna para sustentar a los pobres más necesitados y desamparados del mundo; a lo que contestó aquel salvaje con una sarta de palabras soeces y horribles blasfemias. Al poco rato corrían ya los vecinos del pueblo hacia una casa de la que salían ayes lastimeros pidiendo socorro. ¿Qué pasaba? Era que el blasfemo se había caído en el pozo de las aguas inmundas, donde se estaba ahogando. Inútiles fueron todos los esfuerzos para salvarle. El que pretendía arrojar al rostro de Dios sus inmundicias, murió cubierto de inmundicia. ¡Justo castigo de Dios! fué la exclamación unánime de todo el pueblo.

(Caso publicado en todos los periódicos de Valencia, en 1898.)

Telegrafían de Baltimore (Estados Unidos) el 16 de Agosto de 1904: «M. Whitney, muy conocido por su ateísmo, discutía con varios amigos sobre la existencia de Dios, y en el calor de la disputa gritó: «¡Desafío al Todopoderoso a que me mate.» Instantáneamente cayó en el suelo M. Whitney: lo cual ha causado en dicha ciudad verdadera consternación. El hecho es completamente cierto.» (La Cruz de Tarragona, 21 de Agosto de 1904.)

Leemos en la *Semana Católica*, de Madrid: «Un consejero municipal de la ciudad de Prigueux (Francia) y Secretario general de la Bolsa del Trabajo, había de presidir un banquete el último Viernes Santo, e invitó a sus amigos a comer de carne en ese día, para demostrar (como decía en su invitación) que estaban por completo emancipados de la divina autoridad. No pareció bien a la Divina Autoridad tan completa emancipación. El majadero y sacrilego blasfemo murió repentinamente el Jueves Santo.» (Semana Católica, 20 Mayo de 1905.)

Nos comunican de Cuevas de las Medinas (Almería) que al salir al campo en aquella localidad un sujeto llamado Ignacio Estrada, para ver el estado en que se encontraba un sementero de su propiedad, fué tal su desesperación al hallarlo perdido a consecuencia de la sequía general que se padece, que empezó a blasfemar del Santo Nombre de Dios. No contento con esto, empezó a gritar que si pudiera coger a Dios entre sus manos, le descerrajaba un tiro: y acompañando la acción a la palabra, sacó un revólver y lo disparó hacia el cielo. En aquel mismo instante el desgraciado impío cayó muerto, para dar testimonio de la justicia de Dios. (La Cruz de Castellón, 22 de Abril de 1905.)

Dicen de Asturias que un minero de Villadodríd después de haber escandalizado a sus compañeros con horribles blasfemias, añadió: Si hubiese Dios, me quebraría las manos con que trabajo. Aquel mismo día teniendo él un cartucho de dinamita entre las manos, experimentó el castigo: porque la explosión del cartucho le dejó sin manos y le causó otras muchas heridas. Habiendo recobrado las facultades tres días después, se mostró arrepentido y se confesó para prepararse a comparecer ante el tribunal de Dios. (Revista mensual de Valencia «Florecillas de San Francisco», mes de Abril de 1905.)

La *Democracia Cristiana* de Reus, publica este caso: Con motivo de celebrarse rogativas para alcanzar el beneficio de la lluvia, fué trasladada en procesión solemne la milagrosa imagen de Cristo crucificado desde la iglesia de la Purísima Sangre a la parroquial de San Pedro. Al pasar por la plaza de la Sangre, un desgraciado hijo de Reus profirió algunos insultos contra Cristo, que por el respeto infinito que nos merece, dejamos de consignar. Al llegar dicho sujeto a su casa, sufrió una completa parálisis en todo su cuerpo, hasta perder el uso del habla. (Semana Católica de Madrid, 13 de Mayo de 1905.) Nosotros hemos sabido por algunas personas de Reus, que aquel desventurado murió tres días después del suceso.

Dejemos otros castigos más recientes, para poder decir cuatro palabras a los blasfemos.

Claro está que de todos estos castigos os reiréis vosotros, viendo que Dios no os castiga a pesar de hartaros de blas-

femar tanto como os da la gana. Pero esto no prueba que no haya Dios, ni que la blasfemia no sea un crimen horrendo. Lo que prueba es que Dios casi siempre deja al hombre (a quien ha hecho un ser libre) obrar con plena libertad el bien o el mal para que merezca su eterna salvación o su eterna condenación. Sabed además que a Dios no le causáis ningún daño ni pena con vuestras blasfemias. Es infinitamente dichoso como es también infinitamente justo. A vosotros os causáis todo el daño; si no usa ahora de justicia, es porque le queda toda una eternidad para castigar a los pecadores obstinados.

Cruzada del buen hablar

Hermosa idea, digna de todo encomio, la de purificar el sin igual romance que nos legaron nuestros antepasados, de la herrumbre del mal decir, de malsonancias que resuenan en nuestras calles, deshonra de nuestro pueblo y descrédito de su cultura.

Son los niños, la sociedad de mañana, los que, vislumbrando en los albores de su vida el mérito de la empresa y respondiendo a los entusiasmos del iniciador, han surgido a millares como propagandistas y adalides en esta campaña.

En Sevilla, la ciudad de los entusiasmos y de los arranques magnánimos, pululan los valientes, cruzados, ostentando el dorado botoncito y llevando a sus compañeros la flor del buen ejemplo.

¡Jóvenes, niños: a desterrar de vuestros labios las palabras que desfloran el atractivo de vuestra edad! ¡A luchar por la pureza y honestidad del lenguaje!, y que vuestro ejemplo cunda por las regiones de la Patria.

Periodistas, soldados de la pluma, dad a conocer por todos los rincones de España el noble empeño de la hermosa cruzada; haced que todos los españoles amantes de nuestro lenguaje, la propaguen y defiendan, animando a los jóvenes adalides.

Los frutos han de ser provechosísimos; que si la presente sociedad no responde a los entusiasmos y ejemplo de la juventud siempre atrayente, ni coopera al éxito rápido y consolador, vuestros esfuerzos no quedarán baldíos y seréis los sembradores de una sociedad venidera, culta y bien hablada.

Util y dulce

Un compañero de estudios me remite la siguiente *adivinanza*, que aunque no es

una cosa nueva ni del otro jueves se la publico por que sí:

Estando quieto en mi casa
Me vinieron a prender,
Mi casa se salió por las ventanas
Y yo preso me quedé.
Si ustedes discurren un poco y la aciertan, verán que está bien pensada.

SAETILLAS

Usa un lenguaje infernal
Juan el albañil, y es tal
De sus frases la indecencia,
Que hace dudar con frecuencia
Si es albañil o albañal.

Padre torpe, que a tus hijos
enseñas a blasfemar;
cual te vuelves contra Dios
contra tí se volverán.

C. L. X.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

- Sr. D. G. P.—Armeses.—Pagó fin Febrero 1923.
- Sra. D. I. L.—Boimorto.—Id. fin Marzo 1922.
- Sr. D. B. S. G.—Ujo.—Id. 1922 y 1 peseta de donativo.
- Sr. D. R. C.—Cabañaquinta.—Id. a fin de 1922.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

La Rusquilla

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.
Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.
San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID
AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP. A FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.
Vídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31
GIJÓN

C. Teléfono. 312.
Imp. LA RECONQUISTA.—Gijón.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: Pan superior de todas clases ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

Doctor Calisto de Rato y Rocas

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y cuatro años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63.

GIJÓN